

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars  
y su fiel escudero Flor de Truhanes”

**II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO**

26 – El anciano virtuoso y el infame Abu Watfeh

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

سيرة الظاهر بيبرس

## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”*



# II - Flor de Truhanes del Cairo

## 26 – El anciano virtuoso y el infame

### Abu Watfeh

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
 esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
 Fecha de Publicación: 27-10-2017  
 Número de páginas: 10  
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
**Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)**



#### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 26 – El anciano virtuoso y el infame Abu Watfeh

En el capítulo anterior, hemos visto cómo Abu Watfeh, el jefe de la cuadrilla de la azucarera, de nuevo intenta robar azúcar, y tras pillarle con las manos en la masa, Otmân, interpretando a su manera unas palabras en turco que le dirige Baïbars, acaba ahorcándole...



Cuando los obreros se enteraron de que Otmân había ahorcado a Abu Watfeh, huyeron a toda prisa, abandonaron el Bulâq y se marcharon a Alejandría. Entre tanto, Baïbars se preguntaba cómo iba a hacer para reclutar a nuevos empleados. [Y no le faltaban razones, porque sin empleados tendría que cerrar la fábrica.] Entró en la azucarera y no vio más que al guardián que dormía en su cuarto.

- ¡Sólo en Dios reside la fuerza y el poder, el Altísimo, el Todopoderoso! Para qué molestarle, ya conoce bien en qué situación me encuentro.

Pasó a una habitación, pensando que los obreros se habían escondido allí, pues no les había visto salir corriendo. No había nadie, pero Baïbars observó unas grietas en el muro. Se acercó a una de ellas y vio que era muy profunda, lo que mostraba que se trataba de un pasadizo que conducía a una cueva o a un subterráneo. Perplejo, se fue a despertar al guardián para preguntarle sobre aquello.

- Soldado, llevo aquí bastante tiempo, pero jamás he entrado ahí; en cambio, Abu Watfeh pasaba todos los días a esa habitación y se tiraba ahí más de una hora. Pensé que se iba a descansar y a dormir un poco. Por la tarde, cerraba la habitación con llave antes de marcharse a su casa. Más de una vez le pregunté sobre esa sala, pero él jamás me respondió. Y eso es todo lo que sé al respecto.

Baïbars pensaba:

- Qué extraño es todo esto, aquí debe haber algún secreto.

Le dijo al guardián que se retirara y él se acercó hasta la abertura. Puso la oreja y le llegó como un gemido, como si algún enfermo suplicara al Creador de los cielos y de la tierra que le liberara. Cada vez más intrigado, Baïbars quiso bajar, pero no tenía forma de pasar a través de aquella grieta, no más grande que un ojo de buey.

- Eh, hombre, ¿quién eres tú? –gritó.

- Por casualidad ¿no serás tú Baïbars? –respondió el otro con una voz que apenas se oía.

- Sí.

- Entonces, soldado, sálvame del infierno, que Dios te lo recompensará.

- ¿Cómo se puede bajar hasta donde estás?

- Al fondo de la habitación hay una trampilla de madera que cubre la entrada del entresuelo, levántala y verás una escalera por donde podrás descender para reunirme conmigo.

- ¡Dios es grande! ¡Qué historia!

Se dirigió al fondo de la sala, y cuando sintió que el suelo temblaba al caminar, escarbó la tierra y descubrió la trampilla. Estaba hecha de maderos gruesos y pesados. La levantó, bajó unos cuantos escalones y encontró las cavas de la azucarera. Reinaba allí una espesa oscuridad.

- ¡Que Dios nos proteja!

Se podría pensar que uno se hallaba en la tumba de un judío. Baïbars sacó del bolsillo un cabo de vela y lo encendió. Entonces fue cuando percibió a un pobre viejo encadenado y de aspecto respetable; estaba amarrado con una gruesa cadena, fijada a cuatro crampones de hierro que la sujetaban al muro.

- Bienvenido, soldado, ¡te saludo a ti, que me traes la salvación! ¿Es cierto que te han nombrado responsable del azúcar de Bulâq y te has hecho cargo de su azucarera?

- Sí.

- ¿Y también que tu escudero, Otmân, haya ahorcado a Abu Watfeh?

- Pues sí. Pero tú ¿quién eres? ¿Quién te ha encadenado en este lugar? ¿Quién te ha dicho que yo soy Baïbars y te ha puesto al corriente de todo eso?

- ¡Ay, señor! ¡Haz bien a un villano, y os morderá la mano! Pero primero desátame y yo te contaré mi historia.

Baïbars lo liberó inmediatamente. El hombre, un viejo llamado Hây Mohammad El-Mo'tamed, le confesó que él había sido hacía tiempo el director de las veinticuatro azucareras del Bulâq. Un día en que estaba en una de las fábricas, vio llegar a un joven de unos veinte años, con el pelo roído por la tiña, la ropa hecha unos harapos, esquelético como un gato callejero. El joven se acercó a él, le besó la mano y dijo:

- ¡Padre mío, recito la *Fâtîha* en tu beneficio! –y le tendió un ramo verde.



- Bienvenido seas, muchacho, tu petición es aceptada<sup>1</sup>.

- Soy extranjero, y por el amor al Profeta, se debe honrar al extranjero. Yo nací en Assiût<sup>2</sup>. Mi padre y mi madre murieron. Ya no tengo más que a Dios. Como no tuve el valor de quedarme en casa tras la muerte de mis padres, partí a la ventura. No conozco oficio alguno y no puedo ganarme la vida. Cógeme y eso me permitirá sobrevivir.

- Me apiadé de él, emir Baïbars; le llevé a mi casa y le traté como a mi propio hijo. Le curé la tiña; le hice firmar con mi esposa el pacto ante Dios para que pudiera vivir en casa noche y día. Le llevé conmigo a la fábrica de azúcar y le enseñé todos los secretos del oficio: quería nombrarle mi sucesor, ya que, al ser todos mis hijos muy pequeños aún, pensé que él me ayudaría al llegar mi vejez. ¡Qué inocente fui! Porque el muchacho resultó ser un donnadie, que creció entre la borrachería y el libertinaje con prostitutas y bujarrones.

Y ésta es la historia: Había una vez en Asiût un tal Hây Ahmad el afortunado. Era uno de los ricachones de la ciudad, sólo tenía una esposa pero ningún hijo. Un día que fue a la mezquita a la oración del alba, se encontró un recién nacido abandonado ante la puerta. Lo recogió y lo alimentó, haciéndolo pasar por su hijo, le enseñó a leer el Corán, a escribir, y, resumiendo, se ocupó a fondo de su educación.

Pero el muchacho, al hacerse mayor, volvió a caer en el arroyo del que había salido, pues era un bastardo, fruto del pecado; se daba a todo aquello que estuviera prohibido: a la fornicación, al puterío, y a la crápula. Su padre adoptivo, al enterarse de todo eso, le amonestó con severidad, una, dos y hasta tres veces, pero sin resultado alguno. Entonces le dio una buena paliza y le dijo:

- Ahora me ha quedado bien claro que tú no eres hijo mío; ¡te recogí, te alimenté y eduqué, pero ya he tenido más que suficiente contigo, márchate!

- De buen grado, y que Dios te la devuelva. Pero déjame pasar aquí la noche, porque ya se ha hecho muy tarde y no tengo ningún sitio adonde ir. Mañana, al alba, me iré de la casa.

Esperó a que cayera bien la noche negra; entonces degolló a su padre y a su madre, metió mano en los cofres y cogiendo todos los objetos de valor se marchó al Cairo para venderlos allí. Pero tan rápido se comió todas las ganancias en compañía de putas que muy pronto se vio sin un céntimo. Entonces se dedicó a la delincuencia y al robo, hasta ser bien conocido por los oficiales de policía y su jefe. Su última azaña fue deshonar a una joven de una familia honesta: ella salía del hamam y la secuestró. Era por la tarde, la arrastró hasta la leñera y la violó. El carbonero del hamam, alertado por los gritos de la muchacha se lanzó a socorrerla, pero el otro le abrió la

---

<sup>1</sup> El ofrecer un ramo verde es, al parecer, una costumbre de las corporaciones al solicitar un trabajo.

<sup>2</sup> Ciudad del Alto Egipto.

cabeza con un pedrusco y salió huyendo, tras lo cual llegó hasta el Bulâq, en donde se quedó a trabajar conmigo. Cuando le pregunté su nombre, él me respondió: Abu Watfeh<sup>1</sup>.

- ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? –le pregunté.

- No, mi verdadero nombre es Dyâb, Abu Watfeh es simplemente el apodo por el que se me conoce.

- Pero la realidad es que ese canalla había ocultado su verdadero nombre para que no le encontraran sus antiguos compadres de fechorías. Y yo, emir Baïbars, no lo sabía.

Se quedó en mi casa durante dos años. Le convertí en un maestro del oficio: sabía tanto como yo. Entonces fue cuando Naÿm El-Dîn se hizo cargo de la azucarera y se la confió al mameluco que tú mataste el día en que viniste al Bulâq en compañía de Otmân. Pero aquel maldito canalla del mameluco era tan malvado como él. Como dice el proverbio: “Tal para cual”. Así que se pusieron de acuerdo para robar el azúcar y venderlo. Y así se pagaban sus juergas y borracheras a cuenta de la azucarera y con la complicidad del contable judío. Y yo ya estaba en ascuas. Ese maldito bastardo pasaba las noches montando sus orgías en la azucarera con el mameluco. Para recompensarme por haberle educado y adoptado, comenzó por echarme de la azucarera. También despidió a todos los que trabajaban conmigo y los sustituyó por la banda de sinvergüenzas de los que ya te he hablado. Compinchado con el mameluco, se las arregló para crearme tal reputación que nadie quería contratarme. ¡Ya conoces, emir Baïbars, todas las rivalidades que existen en este oficio! Me recorrí todas las azucareras, pero en vano; nadie quería darme trabajo. Y yo, que sólo conocía ese oficio para ganarme la vida, era demasiado orgulloso para mendigar, pero tenía que encontrar un medio de mantener a mi familia. Después de mucho darle vueltas al asunto, me dije que no había más remedio que ir a quejarme ante el visir Naÿm El-Dîn –pues yo conocía a gente de su palacio- y rogarle que su mameluco me volviera a contratar. Me fui a esperarle a la salida del Consejo para pedirle justicia. Le conté mi historia y él me dio una carta diciéndome:

- Muéstrasela al mameluco y, en cuanto la haya leído, te volverá a contratar.

Así que regresé a la azucarera. Al entrar me topé con ese siniestro individuo que me dijo:

- ¡Otra vez por aquí! ¿Pero no te había echado?

- He vuelto en virtud de esta misiva.

Entré a presentársela al mameluco. Después de leerla, me dijo:

- Ganarás tres piastras y media al día.

---

<sup>1</sup> Es costumbre entre los árabes dar el nombre de “Padre de fulano o mengano”. Es decir, “Padre de” seguido del nombre de su hijo primogénito. En este caso, sería “Padre de Watfeh”.

- Señor, soy pobre, tengo hijos pequeños, ¿qué puedo hacer con tres piastras?

- Si eso te conviene, trabaja, y si no, ya sabes donde está la puerta. Pero si vuelves a quejarte a Naým El-Dîn, yo encontraré a unos cuantos colegas tuyos que darán testimonio de que tú robas el azúcar y sólo sabes dar problemas.

Me asusté tanto, emir, que respondí:

- Acepto, mejor esto que nada.

Me fui junto a los hornos a saludar a Abu Watfeh.

- ¿Has aceptado trabajar por tres piastras y media?

- Sí.

- Bien, ¡pues a trabajar!

Él me asignó las labores más agotadoras. Pasaba el tiempo ridiculizándome y alentando a los obreros a que me jugaran malas pasadas. Cuando trabajaba cerca de la caldera, me tiraban el turbante en medio de ella. El otro me apaleaba, me injuriaba y me decía:

- ¡Miserable! Tu turbante se ha bebido dos piastras y media de sirope, sólo te queda una.

¡Y por la tarde, esa única piastra es lo que me pagaban! Yo había llegado al colmo de la humillación y de la indignación. Me daba cuenta de que todos los obreros, el jefe, el mameluco, y el judío se habían compinchado para arruinar la fábrica. ¡Ya ni siquiera se preocupaban por ocultar el robo a manos llenas del azúcar! Me molestaba ver todo esto y el perjuicio que le causaban a Naým El-Dîn, así que me fui a buscar a Abu Watfeh:

- Es el dinero del visir, hijo mío. Si lleva a cabo una investigación tengo miedo por ti.

Intenté ponerle en aviso, pero ni siquiera había terminado cuando llamó al mameluco, al judío y a los obreros para decirles:

- ¡Hay que encontrar una solución! Hoy éste me ha montado un escándalo con esa historia del azúcar robado. Supongamos que le da por denunciarnos ante Naým El-Dîn... ¡Venga, vamos a matarle y así nos quedaremos tranquilos!

Los tres, quiero decir, el judío, el mameluco y Abu Watfeh, estaban ya dispuestos a asesinarme, pero los otros rechazaron participar en el crimen. Se consultaron entre ellos y decidieron arrojarme a la cava. Me cargaron con gruesas cadenas, obstruyeron la entrada y allí me dejaron.

- Bien hecho –me decía Abu Watfeh-, has encontrado algo peor que la muerte, porque no habrá un solo día en que no desees morir, pero ¡jódete!

El judío venía todos los días a amenazarme y a golpearme, y me dejaba un poco de comida, lo justo para mantenerme con vida. Así fue durante tres largos años, tras los cuales, perdí la paciencia y me puse a suplicar a Dios que me liberara. Entonces la Dama, la Protectora del Cairo, se me apareció.

- Hâyy Mahmud –me dijo-, la hora de tu liberación está cercana, gracias a Baibars, que dará muerte al mameluco, y a su escudero Otmân, que matará al judío y a Abu Watfeh, pues éste es un bastardo, fruto del pecado, que ha regresado al arroyo del que un día salió.

Y ella fue quien me contó todo lo que te he dicho acerca de los orígenes de Abu Watfeh. Todos los días imploraba a Dios; le pedía que me salvara gracias a tu intervención, hasta el momento en que te oí y tú bajaste aquí. Y esa es mi historia.

Baibars totalmente asombrado se decía a sí mismo “¡Por Dios, qué bien ha hecho Otmân, no cabe duda de que le ha guiado la Divina Providencia!”, cuando en esto llegó Otmân.

- ¡*Saculos*<sup>1</sup> a vosé, Hâyy Mohammad!

- ¡Mil veces saludos para el *osta* Otmân!

- ¿De nuevo aquí? –preguntó Baibars.

- Pues sí, soldao, acabas de ver con tus propios ojos y oído con tus mismísimas orejas, ¿toavía quieres sacudirme con tu albondiguilla? A ver, amigo mío, ¿te he hecho yo algo malo?

- No, no; pero estoy muy preocupado por los obreros. Todos se han dado a la fuga.

- No te quiebres la cabeza, soldado, yo te traeré los mejores –dijo el Hâyy Mohammad-. Buena gente, te traeré a los que trabajaban conmigo.

- Ya ves, Baibars, este es un buen tipo, confíale la azucarera. Yo te garantizo que no te va a robar.

- Cómo, Otmân, ¿pero tú le conoces?

- ¡Pues claro que le conozco! ¡Cómo no le voy a conocer con la de veces que he venío a su casa a tomarme con él un buen sirope caña!

Otmân y el Hâyy lavaron el cuerpo del miserable de Abu Watfeh y lo sepultaron. ¡Él mismo había causado su propia perdición y nadie más hablaría de él!

---

<sup>1</sup> Otmân, en lugar de decir “saludos”, vuelve a usar sus trabalenguas y dice “saculos”.



El Hây Mohammad se fue en busca de su familia. Encontró a su mujer y a sus niños sentados al borde de la calle pidiendo limosna. También halló a sus antiguos trabajadores que habían caído en la miseria después de que los despidieran, y vivían de la mendicidad. “¡Ay, nada mejor que un buen oficio para ponernos al abrigo de la pobreza!” Los reunió a todos y les contó lo que le había pasado.

- Intentamos en ocasiones tener noticias tuyas, pero se nos dijo que habías desaparecido.

Se fueron a buscar a Baïbars. El Hây Mohammad le contó lo que les había pasado a su mujer y a sus hijos. Lleno de compasión, le dio un puñado de dinares.

- ¡Vete, arregla tu casa, y compra ropa para tus hijos!

Repartió también una buena cantidad entre los obreros, y todos invocaron al Cielo en su favor.

Al día siguiente, volvieron a su antiguo trabajo y, por la tarde, Baïbars les pagó su salario, con el mismo beneficio que había otorgado anteriormente a Abu Watfeh: veinte piastras para el Hây Mohammad y diez para cada obrero.

- El salario convenido es de diez piastras para mí y de cinco para los obreros. ¿Nos lo has subido?

- Es lo que me ha parecido de justicia.

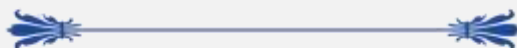
- Soldado, en el Bulâq hay veinticuatro azucareras. Si los empleados se enteran de que nos has aumentado el sueldo, ellos también lo querrán.

- ¡Y por qué no! El que no gana lo suficiente termina por robar, mientras que si se le da lo bastante no piensa en ello.

- ¡Ay, soldado, larga vida te sea dada! ¡En El Cairo no hay nadie como tú!

Se marcharon todos bendiciéndole. Al día siguiente, Baïbars hizo saber a las veinticuatro azucareras que les había concedido un aumento de sueldo. Obreros y jefes no cesaron de bendecirle y nadie más volvió a pensar en robar. Baïbars se quedó a vivir en la azucarera. Pasó la ganancia de los cuatro primeros meses a Naÿm El-Dîn y se guardó la de los otros ocho. Y así transcurrieron sus días: felices y tranquilos.

FIN



Próximo episodio...

27 - *El sabil*